

PROBLEMAS EPISTEMOLOGICOS DE LA TEORIA FREUDIANA DEL INCONSCIENTE

JORGE ALFREDO ROETTI.

Introducción.

Es el propósito de este trabajo esbozar algunos de los problemas epistemológicos de la teoría del inconsciente a la luz de varias concepciones de la ciencia.

Hemos elegido como material de trabajo, por un lado, la formulación clásica, debida a Freud, de la estructura de la psique, morfología que le fuera sugerida por los estudios sobre sugestión posthipnótica de Charcot y Bernheim, y por otro lado tres concepciones epistemológicas. La primera, "esencialista", fue tomada de la fenomenología husserliana y se expone en su concepto de disciplina científica; la segunda, no esencialista, es la concepción epistemológica de Karl Popper, y la tercera, utilitaria y pragmática, se desprende del concepto de modelo teórico elaborado y depurado por Peter Achinstein. (1) Con estos instrumentos intentaremos señalar algunos de los méritos y dificultades epistemológicas de la teoría freudiana del inconsciente.

Al término de este trabajo nos encontraremos con la situación ambigua en que el objeto propio de la disciplina psicológica queda frente a las dos grandes concepciones metodológicas que más nos interesan: la fenomenología de Husserl y el método hipotético - deductivo de Popper.

1. La noción de disciplina científica

Husserl caracteriza toda disciplina científica con tres notas esenciales, que son:

- a) La evidencia apodictica de sus proposiciones.
- b) La verificación intersubjetiva.
- c) La promoción de nuevas formas de comprensión por afinamiento y reinterpretación.

a) Evidencia apodictica

Consiste en la eliminación radical de la duda por la posesión de una *certeza noética* (que no debe confundirse con la claridad y distinción cartesianas; el estudio de las ciencias nos muestra que sus certezas surgen oscuras y confusas, y que es sólo la tarea posterior y siempre incompleta de descripción y análisis la que nos aproxima más y más al ideal cartesiano).

La posibilidad de una evidencia apodictica es la característica fundamental de toda ciencia auténtica, según Husserl. Un ejemplo de este género de certeza nos lo da el cogito cartesiano. Husserl, si bien acepta esta certeza, no nos propone una evidencia apodictica estática, definitiva, cerrada al progreso. Como veremos, la verdad es un proceso infinito, siempre sujeto a correcciones.

b) Verificación intersubjetiva

La evidencia de la verdad de una proposición es tal *para mí*, pero esto no hace posible la ciencia; esa evidencia, para alcanzar el rango de ciencia, debe ser comunicable, compartida por una comunidad de estudiosos, comunidad del yo y los otros. Nos encontramos aquí con el problema del otro, pero nos limitaremos sólo al aspecto útil para la ciencia de la verificación intersubjetiva. Husserl señala en "*La filosofía como ciencia estricta*" que "... en general, en ellas (las ciencias) no caben las opiniones personales, los modos de ver, los "puntos de vista privados". (2) El punto de vista de un científico se efectúa siempre sobre un aspecto lateral, extracientífico, del mundo de la ciencia. No debe confundirse el "punto de vista" con la reinterpretación, que en seguida trataremos. En "*La filosofía como autorreflexión de la humanidad*" nos explora más el sentido de la intersubjetividad: "Así comienza exactamente una filosofía en que el ego filosofante logra la comprensión más profunda y universal de sí mismo; él es el portador de la razón absoluta que va hacia sí misma; él es también el que implica en su ser - para - sí apodictico sus co - sujetos y todos los co - filósofos posibles; así es descubierta la intersubjetividad absoluta (objetividad en el mundo en la figura de la humanidad total) como el medio en cuyo seno la razón puede progresar sin fin". (3)

c) Promoción de nuevas formas de comprensión: progreso

Esto es lo que vulgarmente llamamos "progreso" de las ciencias. La novedad reside en que Husserl extiende este carácter —que era propio de las "ciencias naturales"—, lo generaliza a toda disciplina, incluyendo a la filosofía y, naturalmente, a lo que hoy denominamos ciencias del hombre. El progreso en las disciplinas científicas se opera, según Husserl, de dos modos:

1. *Por afinamiento* (enriquecimiento): consiste en la explicitación de los detalles de las verdades generales ya conocidas y en la ampliación del campo de conocimiento de un mismo nivel. Nos dice Husserl: "Todas las ciencias, inclusive las ciencias exactas, tan admiradas, son incompletas. Por una parte son incompletas en razón del horizonte infinito de problemas sin solución que jamás dejarán en descanso el afán de conocimiento"... (4)
2. *Por reinterpretación* (superación): consiste en el esclarecimiento de verdades ya conocidas a la luz de verdades más generales y más fundamentales. La física de Newton no es destruida por la física relativista. Einstein mismo decía que la suya era una reinterpretación de la física newtoniana, a cuya luz ésta cobraba el carácter de un caso límite.

2. La epistemología de Karl Popper

La primera nota del concepto husserliano de disciplina científica es, bajo cierto aspecto, muy exigente, muy "fuerte". Exige que las proposiciones de la ciencia sean "evidentes", es decir, que tengamos la certeza de poseer de algún modo, aunque sea en forma rudimentaria, la esencia del objeto conocido. Es por esto una visión esencialista del conocimiento científico: todo conocimiento científico debe ser conocimiento de las esencias de los objetos y los procesos reales. Bajo este mismo aspecto era esencialista Galileo, quien creía desentrañar, a través del despliegue de sus ecuaciones, la esencia misma del mundo corpóreo.

La historia de la ciencia física disminuyó en los científicos la esperanza de estar en posesión de un conocimiento esencial del ente corpóreo. Luego de los frustrados intentos de verificación inductiva se hizo casi inevitable un giro copernicano en la teoría de la ciencia. Hasta aquí se buscaba la "verificación", ya por medio de una intuición eidética y una metódica reducción y descripción de las notas esenciales de los fenómenos, ya a través de interminables intentos de convertir la inducción en un instrumento lógicamente consistente.

Los resultados están a la vista: aún en la ciencias arquetípicas por su precisión y sus conceptos bien definidos (sin ambigüedad ni vaguedad), aun en las ciencias físico-matemáticas asistimos al periódico derrumbe de teorías que parecían revelar la estructura misma de la realidad. Pero, ¿no nos proporciona acaso la ciencia algún conocimiento de la realidad? Sí y no. "Nuestra ciencia no es conocimiento: nunca puede pretender que ha alcanzado la verdad... (5); no es conocimiento en el sentido de conocimiento de esencias, pero sí es conocimiento en tanto nos dice *cómo no es* la realidad. Popper toma un adagio popular, que dice que aprendemos de nuestros errores, y lo acepta. Aprendemos algo sobre la realidad cuando la teoría que habíamos propuesto nos permite deducir consecuencias que *puedan ser incompatibles con la experiencia*. Las teorías, en tanto conocimiento de la esencia de la realidad, son sólo adivinanzas. "No sabemos, sólo podemos adivinar". (6) Popper muestra que la verificación de un enunciado universal afirmativo, como los que constituyen las ciencias, no puede llevarse a cabo por intermedio de los enunciados básicos de que dispone la ciencia — enunciados protocolarios, de existencia de un determinado objeto o acontecimiento en ciertas coordenadas espaciotemporales y en ciertas circunstancias. Tal verificación reclamaría una recorrida del universo, tarea imposible. (7).

Queda en cambio como posibilidad lógica la demostración de la falsedad de una hipótesis o una teoría. Esto sí es posible sin recorrer el universo, pues es suficiente aceptar como verdadero un enunciado básico que se refiera a un objeto o hecho que contradiga a una teoría para que ésta quede falsada, es decir, se muestre como una inadecuada concepción de la realidad. La tarea del científico frente a una teoría consiste en intentar falsarla. Entre tanto no hayamos conseguido falsarla diremos que está *corroborada*, pero ésta es una situación precaria, pues el próximo enunciado básico que aceptemos podría falsarla.

Es obvio que nuestra primera exigencia epistemológica consistirá en reclamar que toda teoría que pretenda pasar por científica sea *falsable*. Hay teorías que no lo son, porque de ellas no es posible deducir ningún enunciado contrastable *nuevo*. La ausencia total de enunciados contrastables o la imposibilidad de la deducción de enunciados contrastables nuevos son características de los sistemas metafísicos, según Popper. Y cabe sospechar de que muchas teorías "científicas" especialmente en las ciencias humanas, tengan esa misma característica: que las deficiencias de las técnicas de contrastación de nuestra época impidan deducir de ellas un nuevo enunciado efectivamente contrastable.

Respecto de la teoría freudiana del inconsciente nuestra tarea consistirá en averiguar si su estructura es tal que admite la falsación, si es lógicamente falsable. O bien, si la introducción de hipótesis ad hoc elimina esa posibilidad.

3. El modelo teórico y la teoría

Estas dos nociones se aclaran mutuamente, de modo que describiendo las notas del modelo iremos señalando las diferencias que tiene con la teoría.

La noción de modelo ha sufrido varias interpretaciones. Una primera noción habla de modelo como de una interpretación para un formalismo o cálculo no interpretado. Nagel dice que modelo es "una interpretación... para el cálculo abstracto que proporciona algo de carne a la estructura esquelética en términos conceptuales o de materiales visualizables más o menos familiares". (8)

Otra noción dice que un modelo se establece con respecto a una teoría, teniendo el modelo la misma estructura formal que esta teoría. El mismo Nagel define "un modelo para una teoría T como un conjunto de proposiciones verdaderas que tienen la misma estructura formal o cálculo de T". (9) Esta noción está claramente relacionada con la anterior, que entiende al modelo como interpretación de un formalismo o cálculo no interpretado. Vemos además cómo en estas nociones de modelo juega un papel central el concepto de isomorfismo. No obstante, cuando usemos el término modelo en lo sucesivo, no entenderemos lo que propone Nagel, sino —siguiendo a Peter Achinstein— una cierta estructura teórica que tiene las siguientes características:

a) *Modelo es un conjunto de suposiciones sobre algún objeto o sistema.*

Por ejemplo, el modelo de las bolas de billar de los gases es aquel conjunto de suposiciones de acuerdo con las cuales "las moléculas de un gas comprimido no ejercen fuerzas excepto al impacto, viajan en línea recta excepto en el instante de la colisión, son de pequeñas medidas comparadas con la distancia intermolecular promedio, etc.". (10)

Algunas veces, como en el caso del modelo del átomo de Bohr, son intercambiables los términos "modelo" y "teoría". Achinstein señala que, si bien el conjunto de suposiciones que encierran modelo y teoría es el mismo, sin embargo sugieren cosas distintas. En seguida intentaremos precisar una diferencia que nos parece fundamental.

b) *Un modelo teórico describe un sistema atribuyéndole lo que puede llamarse una estructura interior*, con referencia a la cual se explican varias propiedades exhibidas por ese sistema. "El modelo de las bolas de billar de los gases adscribe una estructura molecular a éstos de modo de posibilitar la derivación de principios relativos a la presión, volumen, temperatura, entropía, etc., de los gases". (11). No debe confundirse al conjunto de las propiedades exhibidas por un sistema y su estructura interior, que explica esas propiedades, con las nociones de "macrofenómeno" y "microfenómeno". En la ciencia tenemos propiedades "exhibidas" que son del rango de lo microfenoménico y cuya estructura interior explicativa también es de nivel microfenoménico; tal es el caso de los fenómenos atómicos y nucleares y sus respectivos modelos. Del mismo modo, hay casos en que tanto las propiedades exhibidas como su estructura interior explicativa son del orden macrofenoménico; tal es el caso de los fenómenos cosmológicos y las cosmologías.

Algo que nos aclara la noción de modelo frente a la teoría es lo siguiente: el modelo explica un conjunto de propiedades exhibidas por una estructura interior; en cambio una teoría, si bien puede explicar un sistema de propiedades exhibidas por una estructura interior, también puede hacerlo sin recurrir a ésta como cuando se explican las variaciones de propiedades exhibidas por variaciones de otras propiedades exhibidas; es decir, cuando se establecen relaciones funcionales entre variables "observables", relaciones que pretenden el título de "ley". Esto ocurre tanto en las ciencias fisicomatemáticas como en las ciencias humanas. "De acuerdo con esto, el uso del término "teoría" es, en este respecto, más amplio que aquel de "modelo", desde que no todas las teorías están concebidas para proveer el análisis estructural típico de los modelos". (12)

c) *Un modelo teórico es "una aproximación útil para ciertos propósitos"*. (13)

Es decir, le asignamos a este sistema de fenómenos esta estructura interior porque así podemos deducir principios conocidos. Achinstein nos dice: "Es útil representar a los gases como compuestos de minúsculas esferas elásticas que obedecen a las leyes de Newton, porque entonces podemos derivar la ley del gas ideal, las ecuaciones de difusión y transporte, etc.; además la estructura real de los gases es algo como esto, aunque más compleja, porque las fuerzas intermoleculares de atracción y repulsión no son consideradas en esta representación". (14)

Lo anterior nos suministra una importante característica del modelo que nos permite diferenciarlo netamente de la teoría: *un modelo es una aproximación útil para ciertos propósitos*. Su criterio de verdad es la eficacia para deducir fórmulas (confirmadas dentro de ciertos límites) y, en las aplicaciones prácticas, para predecir acontecimientos. Se explica así que para ciertos sistemas de fenómenos existan modelos alternativos, cuya elección dependerá de los propósitos prácticos o teóricos que nos guíen. En cambio una teoría no pretende —según Achinstein— ser un saber eficaz sino un conocimiento cierto de la realidad. La aspiración última de la ciencia es desentrañar la verdad

misma de sus objetos, su intención consiste en constituirse en conocimiento ontológico. Esta intención se diluye en el modelo. La teoría es el "instrumento ontológico de la ciencia". Debido a esto, quien propone una teoría debe rechazar las teorías alternativas, o modificarlas, o considerarlas casos límite de una teoría más general. Por cierto, esta tercer característica que nos da Achinstein del modelo teórico, implica un concepto esencialista de la teoría.

d) *Un modelo teórico se construye sobre la base de una analogía entre el sistema descrito y otro sistema.*

El átomo de Bohr postula electrones orbitales sobre la analogía con un sistema planetario. Es preciso distinguir, sin embargo, al modelo de cualquier analogía sobre la que se haya fundado. El modelo es siempre una estructura asignada a un cuerpo fenoménico. Esta cuarta nota sólo nos advierte algo acerca de la génesis de los modelos.

Estas son las notas más importantes que caracterizan a todo modelo teórico. Recapitulemos entonces las diferencias entre modelo y teoría. La primera diferencia consistía en que la teoría, además de la asignación de una estructura interior, puede recurrir a la explicación de lo exhibido por lo exhibido, en tanto el modelo sólo explica lo exhibido por una estructura interior. La segunda y esencial diferencia consiste en su criterio de verdad. El modelo utiliza como criterio de verdad la eficacia para deducir principios conocidos y consecuencias, y por lo tanto no pretende valer como un conocimiento esencial de los entes de que habla, en tanto que la teoría sí pretende ser un conocimiento esencial, pues su criterio de verdad continúa siendo el criterio clásico.

4. *El concepto de disciplina científica y su importancia para la teoría del inconsciente.*

De las tres notas señaladas en la descripción husserliana de disciplina científica son dos las que aportan solidez a las pretensiones científicas de la teoría del inconsciente. El primer lugar el concepto de *apodicticidad de la evidencia*. Consideremos un ejemplo. Freud comenzó a elaborar su teoría del inconsciente a raíz de ciertos fenómenos de sugestión posthipnótica. Observó que ciertos pacientes histéricos a quienes se sugería durante el trance hipnótico la desaparición, o aparición, de ciertos síntomas o conductas, luego del trance hipnótico, y sin que mediara el recuerdo de la orden, eliminaban o producían los síntomas, o realizaban la conducta sugerida. La ausencia total de recuerdo de la orden les inducía a creer que tales actos tenían su fuente en su propia persona, o bien permanecían perplejos ante su conducta paradójica, carente de explicación. Es esencial señalar que estos resultados, concordantes con la sugestión hipnótica, no se cumplieron en todos los casos. Sin embargo Freud pensó que era lícito deducir de algunos casos comprobados toda esa instancia del funcionamiento psíquico que denominó inconsciente.

¿Es lícito fundar la instancia inconsciente del aparato psíquico sobre esta única base? Intentaremos mostrar que sí lo es. Por otra parte no es necesario

aclarar que el material posteriormente reunido por Freud para fundar la instancia inconsciente alcanzó gran volumen, más a nosotros no nos interesa especialmente el caudal de información en términos cuantitativos sino su valor cualitativo. La apodicticidad de una evidencia no se nos da por el acopio cuantitativo de información sobre un determinado fenómeno sino en la aprehensión del fenómeno individual.

Supongamos que tenemos un caso en que la sugestión hipnótica se ha cumplido en el estado posthipnótico. Los datos del fenómeno son los siguientes:

- a) En el estado de trance hipnótico se ha sugerido al sujeto un determinado comportamiento posthipnótico.
- b) También en estado hipnótico se ordena al sujeto que cuando despierte no recuerde la orden.
- c) En estado posthipnótico compruebo que no hay recuerdo de la orden recibida durante el trance hipnótico; es decir que, en caso de producirse el comportamiento ordenado el canal de transmisión de la orden no es la instancia consciente.

Las posibilidades lógicas del comportamiento posterior al sueño hipnótico son sólo dos: que se presente el comportamiento sugerido, o que no se presente.

Como tengo aquí un caso en que se presenta el comportamiento sugerido, tengo que admitir que la sugestión llegó a manifestarse en comportamiento a través de una forma de actividad psíquica de naturaleza distinta de la conciencia. Tenemos pues un ser humano en que existe una instancia de actividad psíquica inconsciente.

Si suponemos una cierta estructura psíquica básica para todos los hombres, y no hay razón para no suponerlo, debemos admitir que *todos los sujetos posibles poseen esa instancia, al menos como posibilidad*. Quedaría como tarea especial determinar su importancia y extensión en los sujetos particulares y en los grupos culturales y establecer las correlaciones con otros fenómenos culturales. Esta tarea tendrá que realizarse con los métodos estadísticos de la ciencia positiva, tal como los emplea la psicología experimental. Lo que determinarán esos métodos será la *efectividad* de los dinamismos inconscientes del psiquismo, pero su posibilidad para todo sujeto ya se da en el fenómeno positivo singular.

Sin embargo podría surgir una objeción. Nos dicen: admitamos que tal instancia inconsciente se da en sujetos anormales, al menos en alguno de ellos, admitamos que es una posibilidad del funcionamiento psíquico anormal. Sin embargo ¿qué nos autoriza a extender esta instancia a los sujetos normales?

Por el momento dejemos de lado el problema de los límites de "normalidad", que debilitaría la objeción, y convengamos en afirmar que normales y anormales constituyen dos clases netamente separadas. Aún admitiendo este artificioso supuesto la objeción es endeble.

En primer lugar supone que las dos clases consideradas *deben tener* dos estructuras psíquicas distintas. En verdad no debemos suponer a priori *ni la dualidad ni la unidad de estructura psíquica* para las clases de los "normales" y los "anormales", pero, en tanto no hubieran indicios importantes sobre la di-

versidad de estructuración psíquica fundamental entre las dos clases, es lícita la actitud "natural" de pensar que existe una sola estructura fundamental. Quienes proceden de manera distinta en verdad nos piden que probemos la unicidad de estructuración del psiquismo humano, cuando más bien deberíamos pedir la demostración de la dualidad de estructura. Esto es lo que, siguiendo la terminología de Hartmann, podemos denominar un "desplazamiento de la carga de la prueba". Hasta aquí el error formal de la objeción.

En segundo término haríamos la experiencia de la sugestión posthipnótica con individuos que reputáramos sanos. Si encontramos un caso positivo de comportamiento posthipnótico de un individuo sano en que se cumple una orden inconsciente, entonces concluimos que *se da la instancia inconsciente en el individuo sano, al menos como posibilidad del funcionamiento psíquico*. Experiencias de esta naturaleza se han realizado con resultado positivo. Se demuestra entonces que la instancia inconsciente de actividad psíquica es una posibilidad del funcionamiento psíquico, tanto del hombre normal como del anormal.

Finalmente, renunciamos a la convención de las clases "normal" y "anormal", por ser éste un criterio clasificatorio refiado con las sugestiones de la experiencia clínica. Los conceptos de normal y anormal se ubican mejor como casos límites de un continuo. El esquema de clasificación por medio de clases disjuntas no es útil en este caso; se nos presenta como mucho más adecuado el uso de un *continuum* sin solución de continuidad.

Hemos visto que la noción de apodicticidad de la evidencia nos permite fundar una disciplina científica en sentido estricto no sobre generalizaciones inductivas sino sobre fenómenos singulares. El caso de la sugestión posthipnótica nos obliga a admitir, como *posibilidad de funcionamiento psíquico* de todo sujeto posible, la instancia inconsciente.

Otra de las notas del concepto de disciplina científica es particularmente útil a las ciencias del hombre para fundar su carácter científico. Nos referimos al *progreso por afinamiento y reinterpretación*. Aquí nos interesa principalmente la noción de reinterpretación.

La verdad de un conocimiento científico no es estática, definitiva, cerrada al progreso. La verdad es para Husserl un proceso infinito, siempre sujeto a correcciones. La apodicticidad de una evidencia no nace, como en Descartes, clara y distinta, sino, por el contrario, "oscura y confusa". Es la tarea siempre renovada de la descripción del fenómeno la que intenta alcanzar la claridad y distinción cartesiana. De aquí surgen las sucesivas reinterpretaciones que, al cabo del tiempo, sufren todos los cuerpos teóricos.

Freud estableció por vez primera lo que él denominó "aparato psíquico". En éste encontramos dos aspectos:

1. Un aspecto zonal, más estático, dividido en tres zonas, el Yo (das Ich), el Superyó (das Uberich) y el Ello (das Es), modelo fundado sobre dos analogías: la analogía con el desarrollo del sistema nervioso en el caso del Ello y el Yo (el viejo cerebro y el nuevo cerebro), y la analogía entre los hechos culturales de introyección de pautas y el Superyó.

2. Un aspecto *cuantitativo y esencialmente dinámico, funcional*, que colorea las zonas antes nombradas y consiste en la división de la actividad psíquica en *consciente, preconscious e inconsciente*.

Esta estructura, que en cierta medida surge de los fenómenos psíquicos observados, está sujeta a rectificaciones por vía de reinterpretación. Paul Diel, por ejemplo, introduce una nueva instancia, que él denomina *Superconsciente*. Este Superconsciente, que también es una zona inconsciente, es una especie de órgano ontológico, encargado de aprehender lo trascendente que luego se elabora en mito y religión. Diel trata ampliamente este tema en su *Psicoanálisis de la divinidad*, donde denuncia la insuficiencia del "aparato psíquico" freudiano, o de cualquier intento de reducir todo el material mítico o religioso a determinismos culturales, económicos o sexuales. Sin duda no niega los condicionamientos de esta naturaleza, por otra parte innegables, pero al advertir la insuficiencia explicativa de estos reduccionismos se ve llevado a formular su hipótesis del Superconsciente.

Este tema de la reinterpretación deberá ser más extensamente tratado a propósito de Karl Popper. Detengámonos aquí sólo en lo siguiente. Para Diel, como para otros muchos psicólogos, la presentación freudiana del "aparato psíquico" ha quedado falsada; en consecuencia era falsable. Lo que en cambio no ha conseguido demostrarse que sea lógicamente falsable es la tesis suprema de todo el edificio: la tesis de la actividad inconsciente del psiquismo. Más adelante diremos cuál es a nuestro parecer el motivo que impide que sea falsable.

5. *El método hipotético-deductivo y la teoría del inconsciente.*

Tomemos los mismos hechos considerados en el apartado anterior y sometámoslos a las condiciones del método hipotético-deductivo según lo presenta Karl Popper.

En primer lugar observamos que lo que hemos realizado fue una tarea de verificación. La hipótesis surgió de un acontecimiento inexplicable en la teoría admitida: el cumplimiento de una orden y la carencia de conciencia de la misma. No nos interesa el proceso psíquico de la invención de la hipótesis del inconsciente, pero por cierto la situación objetiva analizada nos da pie para sostenerla. Lo que intentamos mostrar en el apartado anterior es que la estructura necesaria de todo acontecimiento de este tipo reclama una cierta instancia inconsciente de transmisión de la orden, que hemos llamado inconsciente. Además este inconsciente se nos presentó también como una instancia dinámica, capaz de motivar una conducta. Hacemos incapié en esa capacidad de motivar una conducta por lo que en seguida veremos.

Entretanto insistamos en el hecho de que lo único que hemos descripto es una cierta estructura necesaria para un cierto tipo de fenómenos. De modo que cada vez que nos encontremos con un fenómeno de esta índole nos veremos obligados a admitir una instancia inconsciente. Pero, a partir de esta hipótesis,

y con la ayuda de algunas condiciones iniciales, ¿podemos predecir algún nuevo acontecimiento que podamos contrastar? Propongamos uno.

Tenemos nuestra hipótesis de la existencia de una instancia inconsciente. Proponemos estas condiciones iniciales:

- a) coordenada temporal t
- b) coordenada espacial e
- c) circunstancias: el sujeto s fue hipnotizado. Durante el sueño hipnótico se le ordenó que cuando despertara debería manifestar una conducta precisa x . Luego se le ordenó que, al despertar, olvidara la orden de realizar la conducta x . Se despierta al sujeto s y se observa su comportamiento.

Aquí se nos abren dos posibilidades: que se presente el comportamiento x , en cuyo caso corroboramos la hipótesis, o bien que no se presente. En este último caso ¿reputaremos falsada a la hipótesis?

La respuesta es negativa, ya que en ningún momento hemos supuesto como *necesaria* a la relación entre la orden impartida durante el sueño hipnótico y su cumplimiento. Si la orden olvidada no se cumple, lo único que tenemos que suponer, para conservar la hipótesis del inconsciente, es que el dinamismo inconsciente no "funcionó" por motivos también desconocidos para el sujeto y, por lo tanto afinados asimismo en la instancia inconsciente.

De manera que, al menos con este bagaje experimental, la hipótesis del inconsciente *no puede ser falsa*, pues, ocurra lo que ocurriere, es autosuficiente para explicar cualquier hecho. Es evidente que esta imposibilidad de la falsación deriva del tipo de relación entre el antecedente - hipótesis del inconsciente - y el consecuente - la conducta esperada -. Si la relación fuese "fuerte", es decir, se entendiera como una condición suficiente la presencia del antecedente para la aparición del consecuente, entonces la mera no aparición de éste falsaría la hipótesis antecedente. Como la relación admitida entre antecedente y consecuente no tiene este carácter, es obvio que la demostración de la falsedad de la hipótesis implica la recorrida del universo y la demostración de que todo sujeto, en todo espacio y todo tiempo, no cumple ninguna orden impartida y olvidada durante el sueño hipnótico. Y esta es una tarea imposible. Por el contrario, en tales condiciones, a nuestra hipótesis no le queda otro remedio que ser verdadera, pues nos basta un solo acontecimiento afirmativo para mostrar que la estructura psíquica necesaria para tal acontecimiento reclama la existencia de una instancia inconsciente. Para decirlo con palabras de Popper, la teoría del inconsciente, al menos hasta este punto, no es falsable porque no prohíbe ningún evento. El desarrollo de la teoría del inconsciente no deja avisorar la posibilidad de que ésta en su desarrollo llegue a prohibir algún evento. Empero no debe negarse la posibilidad de que una reformulación de esta teoría la torne falsable. Entretanto, toda la tarea que la psicología experimental realice para mostrarnos la distribución estadística de la actividad inconsciente según diversas variables, no le conferirá a nuestra hipótesis ninguna legitimidad científica. Para fundar tal legitimidad esta teoría debe ser reelaborada de modo

que permita predecir, absoluta o estadísticamente, ciertas conductas, pero, y al mismo tiempo, que prohíba otras.

Intentemos criticar ahora nuestra segunda hipótesis. Un psicólogo propone que el dinamismo inconsciente de la conducta es una estructura psíquica de la neurosis pero inexistente en el individuo sano. Aquí ya hay al menos un evento prohibido: toda orden dada en estado hipnótico a un individuo sano y suprimida de la consciencia por mandato del investigador, no podrá, según esta hipótesis, determinar ninguna conducta posterior en un individuo sano.

Nuestro segundo paso consistirá en elegir un individuo sano. Si bien es imposible verificar exhaustivamente que *s* es un individuo sano, el investigador, si tiene interés en seguir adelante con su tarea, deberá en algún momento decidirse y aceptar como enunciado básico (y por lo tanto convencional, no definitivo, accesible a futuras revisiones) que el sujeto *s* es un individuo normal.

Nuestra hipótesis de partida en conjunción lógica con nuestro enunciado básico, me permite deducir legítimamente un enunciado singular que diga: "El sujeto *s* no puede presentar un comportamiento tal que signifique el cumplimiento de una orden inconsciente recibida durante el sueño hipnótico".

Ya antes de realizar la experiencia, sabemos a priori que ésta se nos traducirá en alguno de estos dos enunciados contradictorios: *p*: habiéndosele dado al sujeto normal *s* la orden de realizar, cuando despertara, la conducta *x*, e indicándosele olvidar la orden, el sujeto *s* fue despertado. *La orden x se cumplió.*

—*p*: ídem... *La orden x no se cumplió.*

Nuestra hipótesis más restringida es falsable, porque prohíbe el tipo de acontecimientos *p*. Si alguna experiencia se tradujese en un enunciado básico de la forma *p*, como ha ocurrido, nuestra hipótesis de partida quedaría falsada. En tal caso la retiramos del ámbito de la ciencia.

Debemos preguntarnos ahora si tal falsación implica una verificación de nuestra hipótesis más amplia, acerca de la existencia de una instancia dinámica de la conducta de nivel inconsciente. La respuesta es negativa, porque la teoría que hemos sometido a prueba estaba compuesta de —al menos— dos hipótesis. La primera, de mayor nivel, afirmaba la existencia de una instancia inconsciente de la conducta. La segunda prohibía ese tipo de conducta para una cierta clase de sujetos. El experimento es aparentemente crucial para esta segunda hipótesis, pero nuestra hipótesis más alta no ha demostrado ser falsable. Observemos de paso que esta circunstancia conspira contra el valor científico de un sistema teórico, pues la falsación de cualquier hipótesis derivada no pone en peligro de falsación a la hipótesis de mayor nivel. En tal caso existiría un hiatus, una solución de continuidad, entre las hipótesis de menor nivel, falsables, y la (o las) hipótesis de mayor nivel, no falsables. Y esto, según Popper, destruye la exigencia metódica mínima que debe cumplir toda teoría científica: que toda hipótesis, cualquiera sea su nivel, sea lógicamente falsable; es decir, que toda hipótesis sea contrastable con los hechos.

Llegados a este punto, que se convierte en un callejón sin salida para las pretensiones científicas de la teoría del inconsciente, sólo una tarea adquiere importancia: el problema del método, de sus exigencias, de sus criterios. Esta es,

lamentablemente, una tarea que excede nuestras fuerzas y que trasciende el campo de la epistemología y la gnoseología y que, en última instancia se hace una cuestión metafísica.

Sin embargo, hay algunos aspectos estrictamente epistemológicos que debemos subrayar. En primer lugar es manifiesta una asimetría entre la concepción de ciencia de Husserl y la epistemología de Popper. El valor veritativo exigido por Husserl para las proposiciones de la ciencia, es la verdad evidente o, lo que es lo mismo, la manifestación de una esencia. Popper, en cambio, sólo exige la corroboración, esto es, un estado precario que manifiesta el acuerdo temporal entre los enunciados básicos deducidos de una hipótesis o teoría y las contrastaciones realizadas. Popper descrea de la posibilidad de alcanzar un saber esencial de los hechos. Por eso, frente a las pretensiones veritativas de ambos sistemas, podemos caracterizar a la de Husserl como una tesis "fuerte", y a la de Popper como una tesis "débil", respecto del valor de verdad de las proposiciones de la ciencia.

Respecto del método científico los términos se invierten. La tesis de Popper de que no existen ni pueden existir hipótesis intocables es un criterio metodológico "fuerte", en tanto el de Husserl se nos aparece como más "débil".

Esta primera asimetría proviene sin duda del esencialismo husserliano, tesis negada por Popper. Sin embargo no debemos exagerar las diferencias. El esencialismo de Husserl, a diferencia de los esencialismos de Galileo y Newton, rechazados por Popper, no es un esencialismo estático y cerrado, que pretenda convertirse en conocimiento definitivo. El mismo hecho de que Husserl reconozca el "camino infinito de la ciencia" nos vuelve inmunes al peligro de un esencialismo estático y cerrado que elimine el progreso científico. Además parece necesario advertir que cada autor enfoca el problema del "esencialismo" desde perspectivas diferentes. La crítica popperiana está dirigida exclusivamente contra ese esencialismo estático y clauso. En cambio el esencialismo husserliano parece decir que el conocimiento científico, aunque precario y, por consiguiente, con posibilidades de progreso, *de algún modo y en forma conjunta e inacabada nos dice algo sobre la esencia de la realidad*. Incluso en Popper podríamos rastrear una componente esencialista, pues la falsación de una hipótesis o un cuerpo teórico nos dice sin ambages lo que una cierta realidad no es, y ésta es una manera negativa de predicar algo esencial de esa realidad.

Las perspectivas de ambos autores difieren también desde otro punto de vista: la teoría de la ciencia elaborada por Popper cumple una función bien precisa, fundar la validez científica de la teoría de los cuenta y, por extensión la de toda la física y de todas las ciencias naturales. En estas ciencias se utilizan conceptos "genéticos", funcionales, que establecen relaciones exactas entre propiedades heterogéneas. Si quisiéramos describir del modo fenomenológico los aspectos esenciales de la realidad física, nuestra cosecha sería sumamente pobre. Por eso acontece que estas ciencias se encuentran con que su elaboración sobre los datos esenciales descriptibles es imposible y, por lo tanto, lo esencial descriptible de la realidad física no merece tenerse en cuenta; hay que construir

la ciencia sobre otros cimientos. Y esos cimientos son las hipótesis, que son "adivinanzas", supuestos siempre revisables acerca de la realidad última de la naturaleza física. En cambio la actitud de la fenomenología, aparte de ser ontológicamente más fundada, se dirige a otro tipo de objetos que sin duda son más accesibles a la descripción fenomenológica. Estos objetos son los de las ciencias humanas. Podríamos decir con Giambattista Vico que sólo podemos conocer lo que hacemos. Como no hemos hechos el universo su esencia permanecerá para nosotros un misterio. En cambio, la obra del hombre, su historia, su cultura, pueden volvérsenos transparentes. La historia y las creaciones de la cultura se volverían así dóciles a la descripción que pretende arrancarle su esencia. La esencia del utensilio se vuelve transparente dentro de ese horizonte de significación donde funciona como utensilio.

La psicología parece, frente a esta dicotomía, encontrarse en una situación intermedia. El hombre es y no es hechura de sí mismo. Sin embargo no parece arriesgado señalar que la posibilidad de la reflexión, del volverse sobre sí mismo (independientemente de sus inmensas dificultades) inaugura la posibilidad de un mayor conocimiento esencial. Pero esto no nos deja más satisfechos. Seguimos entre los cuernos de un dilema. Una manera de escapar del dilema consistiría en escindir a la psicología en dos disciplinas provistas de dos métodos diferentes. Pero entonces no haríamos sino trasladar el problema, pues su versión popperiana (hipotético-deductiva) reclamaría la conversión en hipótesis de lo que fenomenológicamente consideramos una nota esencial de una estructura psíquica. Es posible que, en la práctica científica, esta dicotomía entre una psicología fenomenológica y una psicología hipotético-deductiva sea muy provechosa. En tal caso tendríamos en nuestra psicología hipotético-deductiva, una hipótesis sobre el inconsciente dinámico, y aseguraríamos su falsabilidad mediante una oportuna revisión de las hipótesis ad hoc. Aceptemos pues el esquema popperiano para una disciplina de este tipo.

Sin embargo, desde una perspectiva filosófica, esto parece conducir a una reinstauración del problema de las dos verdades. Lo que es verdadero desde la perspectiva fenomenológica es sólo hipotético desde la perspectiva popperiana. Este arduo problema no está en nuestras manos resolver. Para terminar sólo debemos puntualizar dos aspectos imprescindibles.

- 1) La posibilidad de la descripción eidética de al menos algunas estructuras de la vida psíquica, desde la perspectiva fenomenológica.
- 2) La necesidad de una instancia falsadora para la psicología científica, desde la perspectiva popperiana.

Con estos magros resultados terminamos provisoriamente este punto.

6. *El modelo, la teoría y el "aparato psíquico"*

Si encasillamos a la teoría del inconsciente como modelo, buena parte de nuestros problemas desaparecen. Nuestra única exigencia consistirá en prohi-

bir —vistas las características gnoseológicas del modelo— que traspase sus límites y pretenda valer como saber, esencial o corroborado, de lo psíquico. Tomemos un ejemplo: la doctrina del inconsciente puede pretender decidir en cuestiones tales como la libertad humana. Si se presenta con carácter de “modelo” no le admitiremos capacidad para decidir en la cuestión: admitiremos su utilidad pero le juzgaremos incompetente para terciar en la cuestión de la libertad y el determinismo. Si en cambio se presenta como “teoría” no podremos negarle competencia, pero debido a ello estaremos obligados a inquirir sobre su trasfondo filosófico, frecuentemente sólo implícito, y juzgar si es sostenible.

De ciertas formulaciones del “aparato psíquico” se puede extraer la tesis de un determinismo estricto del psiquismo, de lo que se sigue que la afirmación de nuestra libertad es una ilusión debida al desconocimiento (inconsciente) del funcionamiento psíquico que ha conducido inexorablemente a estas decisiones. Esto es una reedición de la negación spinoziana de la libertad humana a la luz de la teoría del inconsciente.

La primera tarea que se nos ocurre ante tal tesis determinista no es la defensa de la libertad humana, tema que —ante la existencia de dos tesis antagónicas— relegamos provisoriamente al terreno de lo problemático, sino develar si la tesis ha sido deducida exclusivamente a partir de las hipótesis del sistema y si esta tesis (nueva hipótesis de nivel más bajo) es decidible. Pudiera ser que un conjunto de hechos expresados a través de enunciados básicos corroboraran una tesis determinista pero quedara fuera un vasto campo de sucesos atinentes a la cuestión que falsaran la tesis. Veamos si es este el caso.

Bernheim, el jefe de la escuela de Nancy nos relata lo siguiente: “Un día ordené a una de nuestras enfermas hipnotizadas que besase, al despertar, a uno de nuestros alumnos de servicio, M. X. Una vez despierta se acercó al alumno designado, le toma la mano, duda, mira alrededor suyo, parece contrariada por la atención con que es observada. Queda unos instantes en esta posición, el ademán ansioso, presa de una angustia muy viva. Asediada a preguntas, terminó por confesar, enrojeciendo, que tenía deseos de besar a M. X. pero que jamás cometería semejante inconveniencia”.

Sin embargo esto no falsa el pretendido determinismo de la conducta, pues dentro de esta teoría, podría decirse que las pautas de usos y costumbres internalizadas por la paciente fueron “más fuertes” que el condicionamiento realizado durante el trance hipnótico, “de sobra se conocen las funciones coercitivas del Superyó y el poder de sus prohibiciones”. Es obvio que una teoría así presentada no es falsable, por la introducción de toda una clase de hipótesis ad hoc que la tornan irrefutable.

Pero las pretensiones de “prueba” del argumento considerado son aún más endeables, pues éste esconde una falacia. Podemos advertir una petición de principio. Por un lado tenemos una hipótesis que intentamos probar: la completa determinación de un comportamiento por sus antecedentes inconscientes. Vamos a la experiencia. En un caso encontramos que, dado el antecedente de cierta sugestión inconsciente, se da el consecuente de la acción sugerida. Se puede establecer la relación de casualidad entre ambos *con la condición de que introduzcamos una hipótesis ad hoc: que el único antecedente posible de la*

acción sea del tipo del antecedente mencionado. Pero este procedimiento, al decidir arbitrariamente sobre la naturaleza de los antecedentes de una acción conciente, incurre en falacia, pues la hipótesis auxiliar es equivalente a la tesis que queremos probar, de modo que el argumento no es crucial.

Del mismo modo, si con posterioridad a la sugestión hipnótica no se nos da la conducta sugerida, ampliamos el campo de los antecedentes admitidos introduciendo el carácter coercitivo de lo inconsciente superyoico. Tal hipótesis elimina el carácter crucial de la experiencia y, por lo tanto, su carácter de hipótesis falsable. Por lo tanto, tales experiencias por recurrir a la introducción, inadvertida a veces, de hipótesis ad hoc, no deciden la cuestión de la libertad humana.

Naturalmente, el rechazo de este modo de argumentar no anula la posibilidad del determinismo, ni prueba la libertad de la conducta humana. Extraer tal consecuencia sería a su vez caer en la falacia de negar el antecedente en el "modus tollens". Lo único que nos queda en claro es que los intentos de fundar el determinismo de lo psíquico a partir de motivaciones inconscientes no son cruciales, porque no son falsables y porque utilizan argumentos falaces.

Quizá resulte finalmente que el problema de la libertad exceda el ámbito de la psicología y de la ciencia y quede reservado a la instancia filosófica. No es aventurado proponer entonces que toda concepción del psiquismo, considerada como teoría o como modelo, en lo atingente a temas trascendentes como el de la libertad, debe mostrarnos una estructura interior tal que permita, por encima de los manifiestos condicionamientos del Ello, Yo y Superyó —normales o patológicos—, una instancia de decisión no determinada por los mecanismos inconscientes, es decir, libre. Tal cuerpo teórico, aunque no decida la cuestión, respeta sus posibilidades.

7. Conclusión

El tratamiento de nuestra teoría del inconsciente como "modelo" —aparte de las limitaciones que le hemos impuesto— no nos presenta inconvenientes insalvables. Podemos admitirlo plenamente.

En cambio si insistimos en considerarla como "teoría" comenzamos a debatirnos entre dos concepciones distintas de la ciencia. Tanto la concepción de Popper como la de Husserl se nos muestran enormemente sugestivas y no atinamos a decidirnos por una u otra. Acaso porque sea imposible. En efecto, la situación de la psicología como ciencia se nos muestra paradójica. Partamos del hecho de que Popper elabora su metodología de la ciencia teniendo como objetivo la solución de los problemas epistemológicos de la física, específicamente de la mecánica cuántica, en tanto Husserl se propone fundar las ciencias humanas. Se nos ocurre que la concepción de Husserl es perfectamente lícita en el caso de los objetos culturales, cuyo eidos es desentrañable progresivamente por descripción, dado que existe un contexto —un "horizonte"— en que tales objetos adquieren sentido. Es decir, proponemos al método fenomenológico como el único válido para aquellos objetos que son obras del hombre. En esto damos plenamente la razón a Giambattista Vico; se nos ocurre que es posible

desentrañar la esencia de aquellos objetos que hacemos, no así de los que no son de hechura humana. En este último caso la descripción de la esencia de los objetos naturales es sumamente magra y no alcanza para construir la ciencia: deberemos recurrir entonces a las conjeturas, a las adivinanzas, a las especulaciones, contrastadas, claro está, por la experiencia.

Frente a estas dos situaciones extremas, el caso de la psicología se nos aparece ambiguo: por una parte nuestro psiquismo es algo dado, de cuya estructura no somos responsables; por otra parte, en alguna medida somos hechura nuestra. Pero además tenemos la posibilidad de la introspección, del retorno del sujeto sobre sí mismo que nos torna de algún modo asequibles a nosotros mismos, como no ocurre con los objetos naturales, que son impenetrables. A pesar de los problemas epistemológicos que puede ocasionar el retorno sobre nosotros mismos, cosa que ha ocasionado interminables discusiones, este manantial es demasiado importante como para no intentar aprovecharlo en la ciencia. Tenemos entonces una veta importante donde aplicar el método fenomenológico, pero nuestra ciencia psicológica tampoco se puede agotar en descripciones eidéticas. Debemos confrontar nuestras hipótesis (al menos algunas de ellas) con la experiencia. Por cierto es preciso una fundación metódica de la psicología que retome de la fenomenología y la concepción hipotético-deductiva de la ciencia los aspectos aprovechables, respetando las características propias del objeto de la ciencia psicológica. Y además el método deberá ser internamente coherente y no ecléctico. Pero esto escapa a nuestros propósitos, que solo consistían en mostrar la problemática. Si esto hemos conseguido, nos damos por satisfechos.

(1) Los libros consultados de y sobre estos tres autores son los siguientes:

EDMUNDO HUSSERL, *La filosofía como ciencia estricta*, Nova, Buenos Aires, 1962.

EDMUNDO HUSSERL, *La filosofía como autorreflexión de la humanidad*. Incluido en el volumen citado en primer término.

M. J. WILD, *L'anthropologie philosophique et la crise des sciences europeennes*, comunicación publicada en el volumen *Husserl del Troisième colloque philosophique de Royaumont*, 1957.

JEAN-FRANÇOIS LYOTARD, *La fenomenología*, Eudeba, Buenos Aires, 1960.

KARL POPPER, *La lógica de la investigación científica*, Tecnos, Madrid, 1962.

KARL POPPER, *El desarrollo del conocimiento científico. Conjeturas y refutaciones*, Paidós, Buenos Aires, 1967.

PETER ACHINSTEIN, *Theoretical Models*, artículo publicado en *The British Journal for the Philosophy of Science*, vol. XVI, N° 62, agosto de 1965.

(2) EDMUNDO HUSSERL, *La filosofía como ciencia estricta*, pág. 9.

(3) EDMUNDO HUSSERL, *La filosofía como autorreflexión de la humanidad*, pág. 97.

(4) EDMUNDO HUSSERL, *La filosofía como ciencia estricta*, pág. 9.

(5) KARL POPPER, *La lógica de la investigación científica*, X-85, pág. 259.

(6) KARL POPPER, *Ibidem*.

(7) KARL POPPER, *Ibidem*.

(8) ERNEST NAGEL, *The Structure of Science*, New York, 1961, pág. 90. Citado por PETER ACHINSTEIN, *op. cit.*, pág. 107.

(9) ERNEST NAGEL, *op. cit.*, pág. 96; *idem*, pág. 107.

(10) PETER ACHINSTEIN, *op. cit.*, pág. 103.

(11) PETER ACHINSTEIN, *op. cit.*, pág. 103.

(12) PETER ACHINSTEIN, *op. cit.*, pág. 104.

(14) PETER ACHINSTEIN, *op. cit.*, pág. 104.

(13) PETER ACHINSTEIN, *op. cit.*, pág. 104.